

DANIEL HIDALGO



16

Señor operador

POR JULIANA RODRÍGUEZ. FOTOS DE AGOSTINA ROSSO. Adentrémonos en el cuarto oscuro de Daniel Hidalgo, proyectorista del Cine Teatro Córdoba desde hace 28 años, a punto de jubilarse. Su historia es también la historia de las salas cinematográficas independientes, pornos y comerciales de esta ciudad.

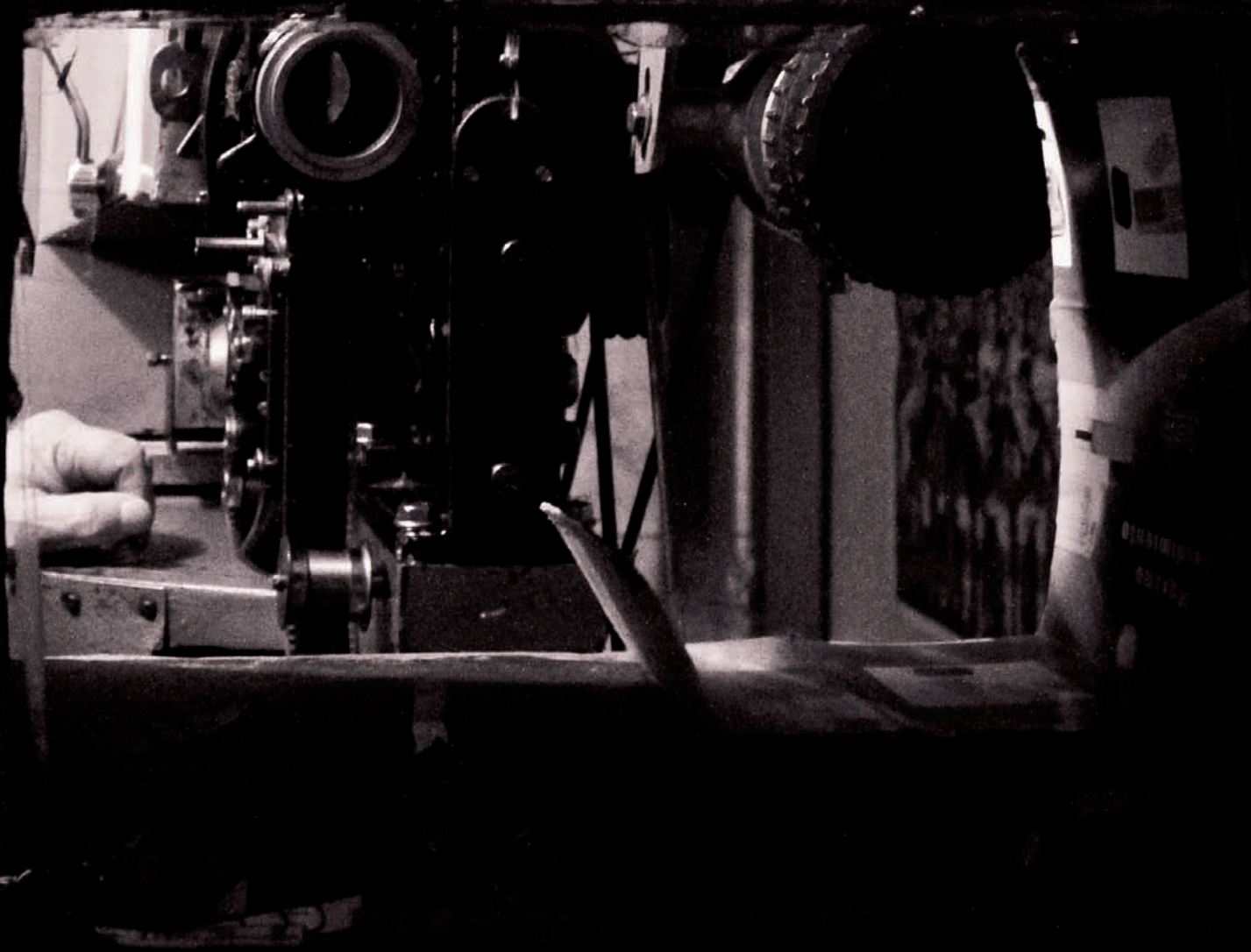
La función todavía no comenzó. Daniel Hidalgo está acodado en la taquilla, que todavía tiene las persianas bajas. Espera y fuma. Saluda, con sonrisa amplia, y saca un juego de llaves del mismo bolsillo de la camisa donde tiene los puchos. "Seguíme", indica. Atraviesa la pequeña galería, la puerta de vidrio, la de madera, y en lugar de seguir derecho hacia la sala, gira hacia una puertita que va a entrar a un cuarto de limpieza. Detrás de esa puerta está su reino, la cabina de proyección. Daniel es operador del Cine Teatro Córdoba desde que se inauguró la sala. O sea, hace 28 años que pasa los fines de semana detrás de ese hueco cuadradito del cual salieron miles de películas, viendo las cabezas de los espectadores. Y de los que siempre llegan tarde, se cruzan delante de la cabina y proyectan sus sombras en la pantalla grande.

— ¿Reniega Daniel de esos impuntuales que arruinan las primeras escenas?

—No, para nada, eso es parte de este cine. El problema es que esta cabina está mal diseñada— aclara.

El lugar es una piecita rectangular con paredes amarillas. En el medio, emerge el enorme proyector, un tótem. Alrededor hay una repisa con latas de café y otras de películas. En las paredes, un póster de River y otro de Talleres: "Me gusta sufrir, en el cine y en el fútbol", admite. Y junto a ellos, un cuadro ajado de la película *La voz de la luna*, de Fellini, con una foto de Benigni mirando el cielo, embelesado. En la cabina, Daniel mira el proyector y explica cómo funciona, como si fuera una pieza de lego: "Fácil: física pura, acá empieza todo, sin esta lámpara, sin este arco voltaico, no ves la peli". Sin alguien que lo maneje, tampoco.

La idea es hablar con uno de los hombres
que más ama el cine en esta ciudad. **PORQUE HAY QUE TENER PASIÓN
PARA ESTAR SENTADO ESAS HORAS A OSCURAS...**



APARA TAZO

Como si fuera un gran fan de los hermanos Lumiere y con vocación docente, Daniel hace una visita guiada microscópica por dentro del proyector, el aparato que hace posible toda la magia. Con términos técnicos explica cómo funciona el cabezal de proyección, el de sonido, la lámpara de arco voltaico, el rectificador. Recuerda que antes un proyector funcionaba a carbón y, literalmente, estaba que ardía. El sistema del Cine Teatro Córdoba para pasar películas en 35 milímetros es el mismo que usan en otras salas, aunque hay una diferencia: mientras en las grandes cadenas tienen dos carretes, lo que permite que un solo operador atienda a la vez cuatro proyecciones, el sistema del Córdoba tiene sólo uno, lo que obliga al operador a estar atento en todo el film.

Las películas siguen llegando en varias latas, que pueden pesar más de 35 kilos. El operador junta varios actos y deja un rollo de aproximadamente 40 minutos, tiempo después del cual tiene que cambiar al rollo siguiente. Así, cada filme queda dividido en tres o cuatro actos y cada vez que termina uno, se engancha con el siguiente. Hace ya más de un año, el Córdoba añadió la posibilidad de proyectar películas en digital, lo que le permitió ampliar su programación.

La idea es hablar con uno de los hombres que más ama el cine en esta ciudad. Porque hay que tener pasión para estar sentado todas esas horas a oscuras... Y la idea es hablar con él sin citar a cada rato *Cinema Paradiso*, sin que suenen de fondo los acordes de Ennio Morricone. A ver si lo logramos.

Daniel sigue dando cátedra de proyección: *"Pero si es re fácil... Cómo no vas a entender"*, dice, mientras muestra una lámpara que parece una bomba atómica en escala. Y cuando termina, enciende el rectificador y la máquina. El traqueteo envuelve toda la cabina con ese sonido mecánico, el más melancólico del cine. Pero él dice que no es ningún fundamentalista de las proyecciones en 35 milímetros. *"¿Cómo nos vamos a negar a lo que viene? Es como tapar el sol con las manos. Ya se instaló el digital y el 3D. Ahora hablan de la imagen holística. ¿Cómo te vas a negar a eso para defender a un celuloide que en un par de años se va?"*, se pregunta, mientras compara los 40 kilos que pueden pesar las latas de una sola película con el tamaño garbanzo de un pendrive.

UNA VIDA EN LA CABINA

Hidalgo es de familia de proyectoristas. Su papá, su tío, él. Nació en Mendoza y a los 12 años se vino a Córdoba. Empezó a trabajar en una cooperativa de Villa Allende y siguió en el cine Rojas. La meca eran las salas del centro, así que un día pasó por el Cinerna para ver si necesitaban un operador. Pero no tuvo suerte. Por entonces, trabajaba con dos proyectores por sala y lo hacía con la luz apagada, de memoria. Eran las épocas en las que multitudes cortaban la calle por los grandes estrenos: *Tiburón*, *Flashdance*, *El exorcista*. *"Y esa película con Luis Miguel en la que le cortaban la pierna. ¡Cómo lloraban las chicas!"*, se acuerda. Daniel es de esos cordobeses que se ríe tanto cuando cuenta una anécdota que en seguida aclara *"pero en serio te digo"*.

Un día, uno de sus colegas le pasó un dato: inauguraban el Blue Comet y buscaban operador. Córdoba tenía su primer cine porno y Daniel, su primer trabajo en el centro. La sala abría desde el mediodía hasta la noche y las 200 butacas se llenaban en cada función. Fue la misma época en la que empezó en el Cine Teatro Córdoba, y el tipo se podía pasar más de 12 horas al día en una cabina, rodeado de latas y películas. Era la década de 1980 y los cines todavía eran una salida que ameritaba tacos para las señoras y sacos para los hombres. Hasta que apareció el VHS. La historia es conocida: una a una, las salas clásicas de cientos de butacas empezaron a cerrar: el Ópera, el Mayo, el General Paz...

Pero algunas salas resistieron. Como él, todos estos años. ¿Se queda todavía a ver toda la película que proyecta? *"Ahora elijo. Algunas las veo muchas veces. Pero ya he visto tantas... Además, desde acá es incómodo, a menos que las vea en ese tele"*, explica, y señala la pantallita ubicada sobre un placard, en una esquina. Después invita a subirse al banquito y espiar por el boquete en la pared. *"Asomate, mirá, yo apago las luces y listo"*. Función exclusiva, sin nadie que pele caramelos ni haga sombras en la pantalla. Un lujo.



ACTOS MEZCLADOS

Las anécdotas surgidas de las proyecciones son muchas, muchísimas. Daniel rescata aquella vez que estrenaron una de Fellini en El Ángel Azul. Era la avant premier y la sala estaba llena de críticos. Daniel acomodó los rollos y empezó a pasarlos con el orden que traían desde Buenos Aires. Pero en una escena el actor tocaba el timbre bajo la lluvia y en la siguiente entraba seco al departamento. *“El asunto es que los actos estaban mezclados. A veces los mandaban mal numerados. Y ya estábamos en más de la mitad, así que seguimos. Nadie en la sala se dio cuenta. Excepto Jorge Salvador, que se vino al humo a la cabina. Pero yo le insistía que no, que era así, un delirio fellinesco”*, se ríe. También recuerda cuando en el Córdoba pasaron Leyenda, con Tom Cruise y los actos volvieron a mezclarse, aunque esa vez al principio. *“Paré la función y me puse a ver los finales y comienzos de cada acto para ordenarlos, pero llevaba mucho tiempo. Entonces Inés preguntó en la sala si alguien ya había visto la historia. Un porteño levantó la mano. Le preguntamos si se acordaba del argumento y, con el tipo al lado, la volvimos a armar”*.

Daniel responde que sí se puede fumar, que no entró todavía el público, y que no hay peligro, las cintas ya no son inflamables. Igual, el cartel rojo que dice “Rol de evacuación de emergencia del operador proyectista” tranquiliza. Las letras minúsculas debajo, no. Él sigue. Y habla de Inés Allende, la fundadora del Cine Teatro Córdoba. Y entonces hace una pausa y pone la misma cara que Benigni en el cuadro de la pared. Se emociona, mira para otro lado, se repite que hay cosas de las que no tiene que hablar. Toma aire. Y evoca a Inés, cuánto se querían y cuánto se peleaban, que cuando se murió fue uno de los momentos más duros de su vida, que tiene en su casa una plaquita que ella le regaló. *“¿Ves? –resume– Eso tiene el cine. No es sólo un trabajo, es vida, eso es. Eso ves en Cinema Paradiso. Por eso te mueve lo que mueve. Tornatore lo captó. Mi señora cada vez que la pasan en la tele me dice ‘Daniel, vení a llorar’. Sabe que el final del tipo viendo los fragmentos de besos no lo aguanto”*.

FINAL ALTERNATIVO

¿Y cuál es el cine que prefiere el hombre que vio miles de películas miles de veces? *Ojos negros*, de Nikita Mikhalkov, sobre todo el parlamento final de Mastroianni, y a la Safonova, *“la rusita, una de esas minas que te miran y te paralizan”*; Fellini, casi todo Fellini; la versión de *Metrópolis* musicalizada por Giorgio Moroder. Y más. Daniel confiesa que los operadores también se dan sus gustos y que a veces hasta tienen una pizca de malicia, como cuando pasaba el filme *Ser digno de ser* y prendía las luces antes de que terminaran los créditos, para pescar a todos moqueando. Cuando habla de las viejas épocas del cineclubismo, y desfilan nombres de otros operadores, Alberto Oviedo, los hermanos Córdoba, los Morenito, Osvaldo Navarro. Pero después admite, sin pena, que el oficio ya se está terminando. Y que, además, él se jubila el año que viene, y con mucho gusto. No lo anuncia con tremenda nostalgia, ni siquiera con un leve suspiro. Lo hace como quien ya terminó una tarea, como el que cumplió un ciclo. *“Ya quiero los fines de semana para mí. Son casi 30 años. ¿Sabés las cosas que me he perdido? ¿La cantidad de cumpleaños de mis hijos, las fiestas, el tiempo libre? Ya está, lo que no hice hasta ahora no lo hago más. ¿Sabés qué pasa? El cine sin boletero, arranca; sin taquillero, también; pero sin operador no. Te obliga a tener horarios, responsabilidades. Si este oficio no te gusta mucho, no lo hacés. Ahora quiero tiempo para mí”*.

– ¿Y qué planea hacer?

Toma aire y adelanta: *“Cuando me jubile quiero reflotar el cineclub El Eternauta, con Ramiro Arellano. Tengo proyectores de súper 8 y tengo una cabina que me regaló el viejo López, uno de los primeros operadores de Córdoba. En serio te digo”*. 🎞

**“ESO TIENE EL CINE.
NO ES SÓLO UN TRABAJO, ES VIDA, ESO ES.
ESO VES EN Cinema Paradiso.
POR ESO TE MUEVE LO QUE MUEVE”**

Admite, sin pena, que el oficio ya se está terminando.

No lo anuncia con tremenda nostalgia, ni siquiera con un leve suspiro. Lo hace como quien ya terminó una tarea, cumplió un ciclo.

